



Un final feliz: dos aproximaciones críticas

Rodrigo López¹

Universidad de Buenos Aires
rodrigo_lopez@hotmail.es

Resumen: El presente trabajo expone un relevamiento de distintas aproximaciones críticas a la obra de Gabriela Liffschitz –precisamente, artículos de Paola Cortés Rocca y Alberto Giordano–, así como de los marcos teóricos con que éstas dialogan, a fin de trazar un recorrido crítico que encuentra, en la singularidad de cada texto y serie fotográfica, un modo propiamente literario de interrogar una práctica artística intermedial como la de Liffschitz.

Palabras clave: Crítica – Giro autobiográfico – Posautonomía – Psicoanálisis – *Un final feliz*

Abstract: The present study introduces a survey of two different critical approaches to the work of Gabriela Liffschitz –precisely, articles by Paola Cortés Rocca and Alberto Giordano–, as well as the theoretical frames with which they dialogue, in order to draw a critical path that finds, in the singularity of each text and photographic series, a properly literary way of questioning an intermedial artistic practice like Liffschitz's.

Keywords: Criticism – Autobiographical Turn – Postautonomy – Psychoanalysis – *Un final feliz*

Publicado en 2004, meses después de su muerte, *Un final feliz* (relato sobre un análisis), de Gabriela Liffschitz, se escribe, se inscribe, en la inminencia de un doble final. Por un lado, su título remite al fin de un análisis, a un proceso de terapia lacaniana cuyo punto de llegada, dice ella, se consume en un “homicidio, el de mi víctima sujeta al fantasma” (29); por otro, sus condiciones de producción sugieren, diría Blanchot –también respecto de Kafka–, una “muerte contenta”: la escritura no solo permea y se entreteje con la certeza de un cáncer terminal, sino que además ofrece, en su mismo ejercicio, una vía ética de reapropiación del propio desenlace vital, de asumir la indefectible situación de la enfermedad y “buscar en esa situación una posibilidad hasta entonces inadvertida” (Badiou *Reflexiones* 43). Explica la misma Liffschitz, al recordar y escribir su periplo analítico: “quisiera poder

¹ **Rodrigo López** es Licenciado en Letras por la Universidad de Buenos Aires.



transmitir, con este relato, el entusiasmo que me provocó saber del fin del análisis, el enterarme de que era posible vivir sin angustia, (...) hacer ese fin de análisis y tener ahora la vida que tengo” (63).

Durante el lapso cronológico comprendido en el relato, Liffschitz contrae cáncer de mama y publica dos series fotográficas de autorretratos, *Recursos humanos* (2000) y *Efectos colaterales* (2003). En ellas expone su cuerpo desnudo, las marcas que la operación de mastectomía ha dejado en él: en *Un final feliz...*, evoca las circunstancias creativas detrás de sus fotografías:

volviendo a la enfermedad, la posición lograda con el trabajo de análisis me permitió hacer algo con todo eso. Primero, hacer algo con el cáncer: no dejarme llevar por el ‘se acabó todo’ (...) Estaba en mí defender mi vida para que no todo se convirtiera en cáncer (96).

Enfrentada a la enfermedad, Liffschitz la encara, en sus propios términos, desde una “buena posición”: “ahora tenía un cuerpo sobre el que reflexionar y escribir y fotografiar y crear” (94). Dice además, en el prólogo de *Efectos colaterales*: “antes [de la mastectomía] jamás me hubiese desnudado ante una cámara, o sí, pero no para hacerlo público. No hubiese tenido sentido. (...) Iluminar esta nueva instancia del cuerpo, sus excursiones exóticas, creo, es poner en juego otra mirada –poniendo a jugar la mía. Lo cierto es que ahora mi cuerpo tiene algo para decir” (11). Uno de los textos que acompañan las fotografías de *Recursos humanos*, en esta línea, provee un resumen conclusivo de su proceso creativo, de un recorrido que comienza en la enfermedad y culmina en los efectos transformadores de sus producciones artísticas, en el encuentro con lo nuevo, con lo que siempre ha estado ahí:

Que esta mutación (su observación) haya sustituido a la mutilación, es decir, que en esa explanada yo haya podido ver el movimiento y no la ausencia (de femineidad, de sensualidad) fue el factor que me permitió tener una posición también activa –y creativa– con relación a este nuevo momento de mi vida, a mi sensualidad (6).

De este modo, *Un final feliz...*, *Recursos humanos* y *Efectos colaterales* presentan ciertos interrogantes metodológicos a un abordaje crítico que



pretenda abarcarlos en su conjunto. ¿Con qué recursos teórico-conceptuales sostener una perspectiva crítica abarcadora, pero a su vez atenta a la particularidad artística de cada producción, cuando vida y obra, psicoanálisis, enfermedad, texto e imagen, parecen entrelazarse de forma indisociable?

En “Esto no es una pipa”, su prólogo a *Un final feliz...*, Paola Cortés Rocca engloba tanto el texto de Liffschitz como sus series fotográficas en el llamado giro autobiográfico de la literatura argentina actual. En su perspectiva, “tal vez el giro autobiográfico sea legible solo en el marco de otro fenómeno: la aparición de ciertos objetos o de ciertas prácticas que erosionan esa zona más o menos autónoma de producción cultural que llamamos Arte” (14). De este modo, Cortés Rocca califica al giro autobiográfico, y por ende a la escritura de Liffschitz, como exponentes del fenómeno de las literaturas posautónomas –fenómeno catalogado por Josefina Ludmer en *Aquí América latina. Una especulación*.

Al fundamentar su concepto de posautonomía, Ludmer afirma: “si el arte puede sufrir presiones o constricciones, ya no pueden provenir de su propia historia. El fin del arte no significa el fin de la creación artística (...) El fin de la literatura podría ser el fin del relato de la autonomía de la literatura” (91). El punto de partida de Ludmer lo constituye el diagnóstico con respecto a un estado de mundo actual, una nueva configuración del capitalismo propia del tercer milenio: “para poder entender este nuevo mundo (...) necesitamos un aparato diferente del que usábamos antes” (9). Es así que las escrituras posautónomas no admitirían lecturas literarias, propiamente dichas, dado que “atravesan las fronteras de la literatura (los parámetros que definen qué es literatura) y quedan afuera y adentro, como en posición diaspórica” (150). Se trataría de escrituras que aparecen como literatura (es decir, en formato libro, con nombre de autor y cierto género literario) pero resistentes a ser leídas con criterios o categorías literarias, propias de la modernidad, como “autor, obra, estilo, escritura, texto y sentido”. Para Ludmer, una literatura posautónoma atraviesa las fronteras de “la literatura” y de “la ficción” para participar de la “imaginación pública”, del régimen de la “realidadficción”:



“todo lo que se produce y circula y nos penetra y es social y privado y público y real (...) un tipo de trabajo social donde no hay índice de realidad o de ficción” (155).

Cortés Rocca recurre al subtítulo en la portada de *Un final feliz...* – (relato sobre un análisis) –, y con él arguye la indeterminación genérica del texto, el cual se ubicaría “en la entrada de ese género que se llama testimonio del pase o de ese otro que se llama novela, pero sin cruzar el umbral” (28). Liffschitz, en su coqueteo con el testimonio del pase, participaría del giro autobiográfico y, a través de éste, se ubicaría en el marco de la realidadficción: “es un relato sobre un análisis (...) que no aspira a ser una novela, que no se ofrece para ser leído como ficción. Es uno de esos textos en los que se da una máxima proximidad entre el dicho y el decir y que, como el relato autobiográfico o testimonial, participa de (...) las escrituras de la subjetividad” (10). Aún más, al sumar al recuento sus series fotográficas, Cortés Rocca reclama para “no ya la ‘obra’ sino las intervenciones de Gabriela Liffschitz” un carácter de posautonomía que cuestionaría “el límite entre escritura y experiencia, entre géneros discursivos y visuales, pero también entre el arte y la vida, entre la ficción y el núcleo de lo real” (15). Ahora bien, al ratificar la pertenencia de *Un final feliz...* al régimen de la realidadficción, Cortés Rocca introduce y aún dos términos, ajenos al aparato conceptual de Ludmer, que, cuanto menos, imponen vaguedad teórica a su delimitación como literatura posautónoma. Por un lado, liga la escritura de Liffschitz a una idea de experiencia que parece sugerir, en su intervención, cierta especificidad literaria: “hay allí un vínculo fuerte entre sujeto y experiencia, entre sujeto y acto, emulsionado por el lenguaje” (13); por otro, la frase cúlmine del prólogo remite al concepto de lo real –con sus evidentes connotaciones lacanianas–, el cual, en rigor, conduciría el argumento más hacia el colapso de la ficción (simbólica) –en el encuentro traumático con el goce– que hacia la indistinción entre registros previamente insinuada: “[*Un final feliz...*] nos inquieta como nos inquieta lo absolutamente inesperado: el



carácter ficcional de lo real o el momento en que la ficción, por un instante, parece dar en el corazón de lo real” (18).

En respuesta a Cortés Rocca, Alberto Giordano desliga su idea de giro autobiográfico de toda noción de (pos)autonomía. En “Por una ética de la supervivencia”, destaca la dimensión espiritual y específicamente literaria, propia de las escrituras del sí mismo, de *Un final feliz...*: “un ejercicio espiritual puede convertirse en literatura si al leerlo entramos en intimidad con la intimidad del poeta que lo ejecuta, con el núcleo desconocido, y refractario al conocimiento, de su experiencia transformadora” (75). Giordano, así, desestima la caracterización de Cortés Rocca de *Un final feliz...* como literatura posautónoma y explota, como argumento a su favor, el equívoco concepto de experiencia insinuado por ella misma: “puedo deslizarme cómodamente en el interior de este argumento para asociar, en una misma interrogación, la potencia de lo inquietante y la fuerza con que el testimonio de Liffschitz transmite la intimidad de su experiencia analítica” (77). En esta línea, la “potencia literaria” del texto de Liffschitz, más allá de su pretendidamente indeterminado estatuto genérico, se ubicaría en el “anudamiento de ética y estética que supone la experiencia de lo íntimo” (75).

En sus conceptualizaciones más programáticas del giro autobiográfico, Giordano también sostiene una perspectiva específicamente literaria de las escrituras del sí mismo: “la literatura es, tanto para quien escribe como para quien lee, una experiencia de algo íntimamente desconocido (la secreta extrañeza de lo familiar) que se realiza en las palabras” (10). A su vez, reconoce el interés que la proliferación de escrituras autobiográficas despierta en los entusiastas de la posautonomía: “ese fenómeno los confirma en la creencia de que el futuro de la literatura (futuro paradójico de disolución) habría quedado en manos de un conjunto de prácticas textuales que minan los fundamentos imaginarios de la diferencia ficción/realidad” (38). Ante el acecho de una consabida y coyuntural indistinción entre ficción y realidad, Giordano resguarda la escritura del sí mismo, su carácter ético y literario, con un anclaje fuerte y teórico en la



noción de experiencia: “ejercicio ético de autotransformación que en lugar de negar la fuerza de las particularidades subjetivas la afirma, menos para fortalecer la representación de lo privado que para tentar la experiencia singular de su descomposición” (39).

El giro autobiográfico, así, se acerca más al régimen estético de la modernidad que a la posautonomía –oposición esbozada por el mismo Giordano en “¿A dónde va la literatura? La contemporaneidad de una institución anacrónica”. Vía Blanchot (*El libro por venir*), Giordano recupera “la afirmación romántica de la literatura como proceso incesante de interrogación y cuestionamiento de sí misma, (...) de tensión irresoluble entre experiencia e institución literaria ” (133-135). Sucintamente, la esencia de la literatura sería “la búsqueda obstinada y metódica de las condiciones –a las que sólo se accede a través de una experiencia literaria– en las que lenguaje y vida pudiesen articularse más allá de la representación, y transformarse a partir de ese encuentro” (135). En este sentido, los rasgos característicos de las literaturas posautónomas de Ludmer –como la indistinción entre realidad y ficción, entre géneros literarios, la capacidad, en suma, de volverse extraña para sí misma– no serían más que aspectos presentes en la literatura desde sus orígenes: “posautónoma ha sido cualquier literatura, de Flaubert a Puig, en la que una experiencia desbordó las condiciones institucionales de su efectuación y abrió un espacio de incertidumbre en el interior del concepto de literatura” (141). Mediante una cita de Rancière (*El reparto de lo sensible*), Giordano resiste la declaración del supuesto fin de la literatura, el cual, en definitiva, desconocería la contradicción inherente al régimen estético de las artes, “que hace del arte una forma autónoma de vida y plantea así, al mismo tiempo, la autonomía del arte y su identificación con un momento en un proceso de autoformación de la vida” (29).

Resulta evidente, ahora, el modo en que *Un final feliz...* conforma, para Giordano, una escritura del sí mismo que no demanda límites institucionales para definirse como literatura propiamente dicha: una “performance de autor en la que la subjetividad se construye tanto como se descompone” (74).



Con una cita textual a Jacques Lacan – “la poesía es creación de un sujeto que asume un nuevo orden de relación simbólica con el mundo” (114)– Giordano establece el vínculo estructural que *Un final feliz...* mantiene con el psicoanálisis: el análisis ya no habilita, como afirma Cortés Rocca, una indistinción genérica enmarcada en un régimen de realidadficción, sino que motiva “un devenir impersonal del yo que el relato autobiográfico sólo puede evocar si se abandona a lo incierto” (77). Dado que, “contra lo que cree el sentido común, el análisis no tiene que ver con el conocimiento y el control de sí mismo (...) [sino con] una ascesis paradójica, porque la depuración se pone al servicio de lo indeterminado”, el testimonio del análisis deviene condición de posibilidad de una experiencia literaria: impulsa a “renunciar a lo evidente y recrearse a partir de lo desconocido” (85). Liffschitz, entonces, a través de una experiencia de escritura marcadamente literaria, anudaría ética y estética y revelaría que, “en la inminencia del fin, (...) hay posibilidades. (...) Hasta un cáncer de mama brinda condiciones irrepetibles para la investigación y la recreación de sí mismo” (83).

En definitiva, como afirma Ludmer, “todo depende de cómo se lea la literatura hoy o desde dónde se la lea” (155). El recuento de los abordajes críticos a *Un final feliz...*, en esta línea, revela el verdadero objeto de disputa entre las posiciones de Cortés Rocca –por ende, de Ludmer– y Giordano: un modo de entender la práctica crítica, atento, o no, a la especificidad disciplinar de los estudios literarios. El fin de la literatura, para Ludmer, implicaría el fin, a su vez, de la crítica literaria tal como se la habría entendido en tiempos de autonomía: abolido su estatuto disciplinar diferencial, la crítica participaría de la imaginación pública en un plano de igualdad respecto de cualquier otra práctica discursiva: bajo el régimen de la realidadficción, se integraría al “trabajo colectivo de fabricación de realidad” (13). Giordano, por el contrario, resalta el carácter diferencialmente literario de la disciplina, en tanto ensayo de “formas críticas en las que se afirmen la singularidad y la fuerza de la literatura, que no es pero adviene, habrá advenido, como la certidumbre de un encuentro sin mediaciones entre vida y escritura” (73). En



este sentido, su concepción de la crítica participa de un “viraje ético” cuya fuerza reside en la afirmación de una experiencia propiamente literaria: “la exploración de lo singular, [que] pone a prueba la consistencia y el poder de lo colectivo” (74).

Bibliografía

Badiou, Alain. *Reflexiones sobre nuestro tiempo*. Buenos Aires: Ediciones del Cifrado, 2006.

Giordano, Alberto. *Razones de la crítica. Sobre literatura, ética y política*. Buenos Aires: Colihue, 1999.

------. *El giro autobiográfico de la literatura argentina actual*. Buenos Aires: Mansalva, 2008.

------. *Los límites de la literatura*. Rosario: Centro de Estudios de Literatura Argentina, 2010.

------. “¿A dónde va la literatura? La contemporaneidad de una institución anacrónica”. *El taco en la brea* 4. 5 (2017).

Liffschitz, Gabriela. *Recursos humanos*. : Buenos Aires: Filòlibri, 2000.

------. *Efectos colaterales*. : Buenos Aires: Norma, 2003.

------. *Un final feliz (relato sobre un análisis)*. Buenos Aires: Eterna Cadencia, 2017.

Ludmer, Josefina. *Aquí América latina. Una especulación*. Buenos Aires: Eterna Cadencia, 2010.